

pendido sobre un abismo como el nido de un águila—, la vega granadina, y allá en el fondo, blancas, arañadas, como velas gigantes al paio de un mar azul, las eminencias de la más alta cordillera europea, si exceptuamos la de los Alpes, las eminencias de *Sierra Nevada*. Perspectiva estupenda, sublime sobre toda ponderación, que induce prontamente a recordar la no menos original y grandiosa, aunque en otro estilo, de los *Picos de Europa*, vistos desde la vertiginosa elevación—¡mil metros sobre el suelo!—en que se yergue, poderosa y triunfante, la cruz redentora y augusta, en el Sinaí de la religión en España, en los históricos y sacrosantos lugares de Covadonga

Los Reyes Católicos cerraron con broche de oro la unidad nacional conquistando Granada la bella, y en ese broche de oro encontraron el *solitario* admirablemente tallado, de luces y cambiantes cegadores de la Alhambra. Léese que Boabdil lloró lágrimas muy hondas al abandonar la capital de su reino. Sé de muchas personas—entre las que yo me sumo—que suspiraron prolongadamente al dejar aquella suntuosa exposición de riquezas y preciosidades—tal vez jamás reunidas en ningún otro lugar de la tierra—, evocando inconscientemente la frase inmortal de Virgilio, *¡Sunt lacrymæ rerum!*, que tanto y tan íntimo revela a los artistas y a las almas recordadoras de algún momento plácido y venturoso, que pasó para no volver, dejando una estela profunda e imborrable de dulce melancolía y tierna rememoración.

Como insinúa antes, es impotente el discurso humano para describir elocuentemente y bien la congoja que experimenta el turista al decir *adiós* a aquél afiligranado palacio, *ciudad* más bien, por la inmensa cantidad de terreno que abarca. A mi modesto juicio, solamente el arte de los sonidos puede exteriorizar clara y perfectamente aquélla emoción de angustia y de pena. Escuchemos, por tanto, la inspirada y sentimental canción española, compuesta por Fermín Alvarez, titulada *Granada*—que canta, por cierto, con estilo delicioso una bellísima señorita daimieleña de ojos de cielo y cabellos de oro—; o percibamos esa otra *joya* musical, pletórica de color y de luz, que gusta más cuanto más se oye, debida a la pluma inimitable del gran violinista español D. Jesús de Monasterio, rotulada *Adiós a la Alhambra*, o alucinémonos con ese poema divino que se llama *Fantasía oriental* del más grande de todos los violinistas, Henry Wieniawsky, y acertaremos a sentir penetrantemente la nostalgia que sufre todo espíritu delicado y sensible, al abandonar aquél paraíso de piedra, que tanto y tan íntimo habla al corazón y a la inteligencia, y llegaremos también a comprender lo muy intensamente que ha de añorar aquél los momentos de ensueño y de dicha, transcurridos dentro de los muros del extraordinario e incomparable monumento.

Ramiro Romo y Galiano

Poemas del Amor sereno

MADRIGAL DE LA NOVIA DOLIENTE

Y sonaba en la noche serena,
por la falcé lunar constelada,
la armoniosa cántiga de pena
que gemía tu voz delicada.

Apoyabas tu pálida mano,
de mi mano, en el cálido nido,
y rimaba a mi pecho cercano
de tu fiel corazón, el latido.

Dibujaste una leve sonrisa,
tu celeste mirar fulguraba
y tu cántico, envuelto en la brisa
de tu aliento, a mi oído llegaba.

Y finó la cántiga.... La luna
te alumbró con su falcé muriente,
y, en la plácida noche, eras una
casta novia serena y doliente.

MADRIGAL DE LA NOVIA CELESTE

Por el parque, en silencio, la Amada,
con los velos del traje nupcial
vagará, como santa esfumada
de un antiguo retablo ojival;

Con los ojos oscuros, muy abiertos
a la mágica luz sideral,
(que sus ojos, son ojos ya muertos
a la luz de la vida mortal).

Con la flor de su boca, anhelante
de la llama del beso eternal,
(que su pálida boca es diamante
do se quiebran los besos del mal).

Con su lírica voz, donde alada
suspirara una prez celestial,
(que es su voz argentina olvidada
de la pobre oración humanal)

• La mirífica vírgen de hielo
volará hácia el jardín edenial,
ayudada, en su plácido vuelo,
por los velos del traje nupcial.

ENVIO:

He pulido el sonoro poema
con la unción del genial lapidario
que labrara la artística gema
para ornar ancestral relicario.

Que a tus manos de casta blancura
como ensueño de alburas liliales
llegue, amada gentil, la dulzura
melodiosa de mis madrigales.

Julio Sánchez.